

LA CARTA SORPRESA

Joseph Bates y su esposa vivían en una pequeña ciudad de Nueva Bedford. Hacía poquito que habían aceptado el sábado de la Biblia, y estaban ansiosos de hablar a otros acerca de esto.

“Quisiera que todo el mundo supiera la verdad en cuanto al sábado —pensaba Bates—. Voy a escribir un librito acerca de esto. Entonces muchas personas más llegarán a conocerla”. Así empezó a escribir. Día tras día escribía.

Pero iba a costar mucho publicar un libro. El señor Bates gastó casi todo su dinero en esa obra.

Un día, mientras estaba en su escritorio escribiendo, la señora Bates entró en la pieza y dijo: “Necesito cuatro libras (alrededor de dos kilos) de harina para terminar de hacer el pan”.

El señor Bates tenía doce centavos y medio en el bolsillo, y con ese dinero fue al almacén, y compró un poco de harina. No era mucha, pero fue todo lo que pudo comprar con tan poco dinero.

Cuando el señor Bates regresó del almacén, puso la harina sobre la mesa, se dirigió a su pieza y empezó de nuevo a escribir.

Un poquito más tarde, la esposa apareció de nuevo y dijo: “¿Es eso todo lo que has comprado?”

“¿No era eso lo que me pediste?” preguntó a su vez el esposo.

“Sí —contestó ella—. Pero, ¿quiere decir que has salido y te has dirigido al almacén únicamente para comprar cuatro libras de harina?”

“Gasté todo el dinero que tenía para comprarte la harina”, contestó él.

La señora de Bates apenas podía creer lo que oía. Empezó a llorar, diciendo: “¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo conseguiremos algo para comer?”

“Dios cuidará de nosotros” contestó el esposo. Ella salió de la pieza llorando.

Mientras el señor Bates continuaba escribiendo, le pareció oír una voz que le decía: “Ve al correo. Ve al correo”.

Silenciosamente salió de la casa obedeciendo esa voz. No quería que su esposa supiera adónde se dirigía.

Cuando llegó al correo, preguntó: “¿Hay alguna carta para mí?”

“Sí —dijo el jefe de correos—. Pero hay que pagar cinco centavos por ella”.

“Pero, yo no tengo dinero —dijo el señor Bates—, ¿puedo ver la carta?”

El jefe de correos se la entregó. Cuando el señor Bates la miró, tuvo la impresión de que había dinero adentro. Se la entregó de nuevo al empleado y le dijo: “Yo creo que hay dinero en la carta. ¿Quiere usted abrirla, por favor? Si hay dinero cóbrese los cinco centavos”.

El empleado abrió la carta. Con gran sorpresa vio que había un billete de diez dólares. Se cobró los cinco centavos y entregó el resto del dinero y la carta al señor Bates.

En el camino hacia su casa, el señor Bates se detuvo en el almacén y compró una bolsa de harina, una bolsa de papas y un buen paquete de azúcar. “Lleve estas cosas y descárguelas en mi porche —le dijo al almacenero—. Mi esposa no va a creer que son para ella, pero descárguelas de todos modos”.

Entonces el señor Bates se dirigió a su casa. Silenciosamente volvió a entrar en la pieza sin ser visto por su esposa.

Después de un rato ella entró en la pieza muy excitada: “¡Joseph, ven a ver lo que hay en el porche! —exclamó—. Traté de convencer al hombre de que no las descargara, pero no hizo caso. ¿De dónde vendrán esas cosas?”

“El Señor las ha enviado”, contestó el esposo.

“Eso es lo que tú siempre dices”, respondió la señora de Bates.

Entonces el señor Bates le alcanzó la carta sorpresa y le dijo: “Léela y sabrás de dónde han venido las provisiones”.

La esposa leyó la carta. Quiso decirle algo a su esposo, pero comprendió que si hablaba iba a llorar, a llorar de gozo porque el Señor les había enviado dinero. Se dio vuelta y abandonó la pieza. Después de un momento regresó, y dijo: “Joseph, estoy avergonzada de no haber tenido más fe. Quiero que obedezcas a Dios y sigas escribiendo tu libro”.